

ALFAGUARA INFANTIL



Fantasmas en la casa rodante

María Luisa Silva

Ilustraciones de María Emilia Suárez

ALFAGUARA


© Del texto: 2005, María Luisa Silva

© De las ilustraciones: María Emilia Suárez

© De esta edición:

Aguilar Chilena de Ediciones S.A.

Dr. Anibal Ariztía 1444, Providencia

Santiago de Chile

- **Grupo Santillana de Ediciones S.A.**
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle, México D.F. C.P. 03100.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones**
Avda. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP, Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana S.A.**
Avda. San Felipe 731, Jesús María II, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Santillana S.A.**
C/ Río de Janeiro, 1218 esquina Frutos pane Asunción, Paraguay.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez
y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.

ISBN: 956-239-359-3

Inscripción N° 148.046

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición en Chile: agosto 2005

Diseño de la colección: Manuel Estrada

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

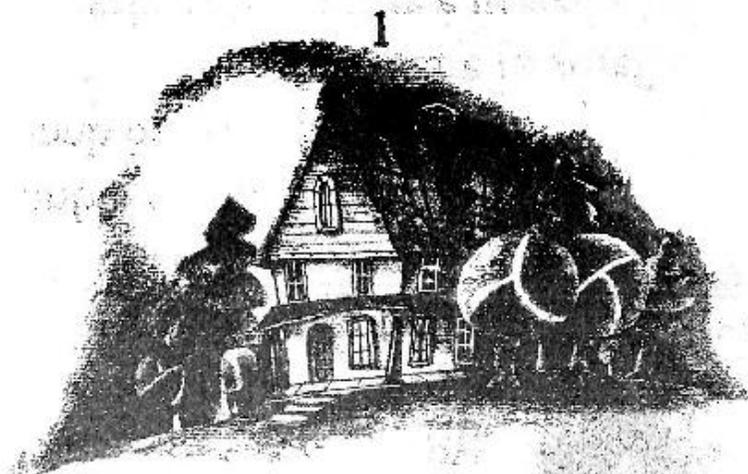
Fantasmas en la casa rodante

María Luisa Silva

Ilustraciones de María Emilia Suárez



ALFAGUARA

Esa noche, como todas las otras en los últimos años, el General don Amador de las Correas se preparó para ir a dormir cerrando hasta el último rincón de su casa.

Cerró ventanas y puertas, cortinas y persianas, hasta la chimenea quedó cubierta. Luego, ya tranquilo, se retiró a descansar.

Esto no lo hacía por miedo, pues el General no le temía a

ladrones ni a animales salvajes, ni a gatos ni a ratones.

Lo que don Amador no quería era perder al fantasma que habitaba en su casa. Pues éste era distraído y se extraviaba fácilmente en el bosque.

Además, con los siglos, había perdido la facultad de traspasar las paredes.

Tantos años llevaba escuchando sus ruidos tenebrosos, que ya no podía vivir sin él.

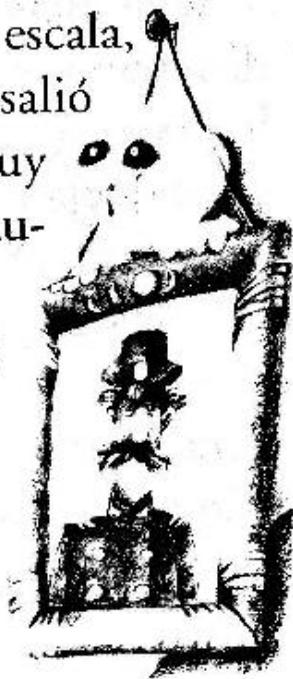
El General y el fantasma eran buenos amigos.



Don Amador heredó de su abuelo aquella antigua casa en las afueras de la ciudad, junto a un bosque. Como le agradaba el campo, se fue a vivir allí, sin saber que la casa tenía un fantasma incluido.

La primera noche que escuchó los siniestros ruidos provenientes del entretecho y que continuaban por la escala, se tiró cama abajo, salió de la habitación muy molesto y con voz autoritaria gritó:

—¡Humano o espíritu, cualquiera seáis, pronto salid pues no me asustáis!



Fue tan enérgico el tono de su voz, tan impresionante su figura alta y delgada, con el cabello revuelto vistiendo un pijama a rayas, en lo más alto de la escalera, que al pobre fantasma no le quedó más que aparecer y aclarar la situación.

—¡BU... BU... BUUUUU...!
—se le escuchó decir a una voz de ultratumba—. Pero qué modales, vivo aquí hace años y nunca se ha quejado nadie. Soy Freddy, el fantasma.

—¡Así que fantasma tenemos! —respondió irónico el General—. Pues bien, desde ahora sólo podréis apareceros a las 12 de la noche. Ni un minuto antes ni

después. Haréis los ejercicios que corresponden a vuestra condición y, al asomar el primer rayo de sol, retornaréis a vuestro lugar de reposo. ¿Entendido, señor Freddy?

—¿Y música, podré escuchar? —pidió el fantasma.

—Bien, pero de vez en cuando, sólo marchas y boleros. Yo debo descansar.

Desde entonces la relación entre ambos fue respetuosa y solidaria.





Sólo una vez sucedió algo horrible.

Fue una noche negra, el General se durmió olvidando cerrar las ventanas. El fantasma, distraído como suele ser, salió sin darse cuenta, por una de éstas, al bosque y se perdió por tres días.

¡Qué angustia sufrió don Amador cuando se dio cuenta de su descuido!

Pero sólo podía esperar, suspirando lánguido por las noches, y con una terrible picazón en las manos por no tener puertas que cerrar.

Sin embargo, Freddy volvió tiritando y con el sistema nervioso destrozado, a contar su terrible experiencia. Al extraviarse, entró en la primera casa que vio con las ventanas abiertas. Los gritos de aquella familia al verlo aparecer volando con la túnica blanca, cubriéndolo de pies a cabeza, hizo que perdieran toda cordura.

—¡¡¡Fantasmas!!! —gritó la señora y se desmayó.

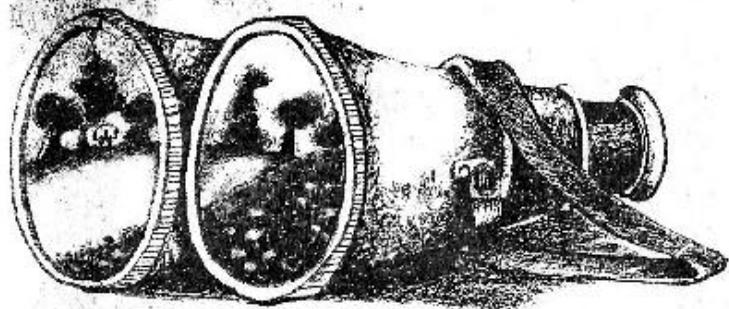
—¿¿Fantasmas?? ¡¡¡Fantasmas!!! —repitió el marido y se tapó la cara con la sábana.

Freddy tuvo que esconderse en un incómodo cajón de la cocina. Y cuando quiso escapar, lo escuchó el perro, quien con sus ladridos hizo llegar a los bomberos, la policía y hasta los suegros para espantarlo.

De regreso, el General le pidió disculpas y prometió que no volvería a suceder, pues él también lo había extrañado.

El General se retiró a dormir y el fantasma, feliz, encendió la radio y volando bailó un bolero.





La vida había vuelto a su normalidad, al menos así lo creían ellos. Hasta que aquella mañana, después de sus ejercicios, el General escuchó los sonidos de una música desconocida.

Al instante cogió sus anteojos de larga vista y se dirigió a la ventana.

¡Era increíble lo que veían sus ojos! ¡No podía ser!

¡Una plateada, grande y vulgar casa rodante se había instalado a la entrada del bosque!

El General tuvo que cerrar los ojos y volver a mirar para convencerse. Pero así era, allí estaba aquel espanto. Junto a la casa se veían dos sillones y una parrilla.

Don Amador no era hombre de titubeos y sin pensarlo se dirigió al lugar.

Llegó justo en el momento en que de la casa rodante descendía una joven pareja.

—¡Hola, soy Florencia! —saludó sonriendo una chica de pelo largo y ojos azules, extendiendo su mano—. Y éste con la guitarra es mi esposo, Toño. Usted



debe ser el dueño de aquella hermosa casa.

—General de las Correas, a sus órdenes, señora —respondió don Amador, mientras pensaba que la cabeza le iba a reventar con esa música. —Permitidme preguntáros: ¿qué os trae por aquí?



—Estamos de vacaciones —respondió Toño—. Yo soy músico y Florencia es la mejor artesana del país.

—Ya veo —dijo el General—. ¿Pensáis quedaros algunos días por estos lugares?

—Unos dos o tres meses —contestó Florencia, mientras

colocaba sobre un paño de terciopelo collares, pulseras y cajitas con mostacillas de colores.

El General creyó que iba a desmayarse. «¡¡Tres meses!!», murmuró, mientras el joven le explicaba que ambos se habían encantado con el lugar.

—¿Y no teméis a los ladrones? —preguntó esperanzado—. Digo por la soledad de la casa en el bosque.

—¡¡No, no!! —respondió Florencia—. No tememos a los ladrones, ni a los animales salvajes, ni a gatos ni a ratones, ni a nada —agregó.

Don Amador sólo atinó a despedirse y volvió a su casa.



«Tres meses», se repetía. Él no podía perder su tranquilidad. Algo tenía que hacer con ellos, ¿pero qué?, no los podía echar, no se asustaban con nada. Entonces, tuvo una genial idea.

Esperó hasta que el reloj diera las 12 de la noche. Con firmeza en la voz, llamó al fantasma.

—¿Qué sucede? —preguntó Freddy bostezando.

El General le informó de la terrible situación en que vivirían los próximos tres meses.



—Pero —agregó— esto no sucederá si vos realizáis un buen trabajo. Ellos dicen no temer a nada, aunque a un fantasma, a una aparición siniestra durante la noche en la casa rodante, habría que verlo. ¡Preparaos para empezar la acción «fantasma en la casa rodante»! ¡Esta misma noche debéis aterrorizarlos!

—¡NO! Por favor —suplicó el fantasma—. Si me vuelvo a perder en el bosque, no lo soportaría.

El General no aceptó disculpas, prometió dejar abiertas ventanas, puertas, cortinas y persianas, y esperarlo despierto hasta que regresara. Después, lo acompañó hasta la puerta y lo observó irse

volando, blanco y transparente,
sin mirar atrás.

Luego, se sentó a leer en el
salón.



Don Amador despertó cuando el sol ya estaba alto.

—¡Caray! —rezongó—, me quedé dormido. ¿Qué habrá pasado anoche?

Tuvo que esperar hasta la última campanada de las 12 de la noche para poder ver a Freddy.

Curiosamente, esa noche el fantasma bajó las escaleras de dos en dos, sin lamentos. Parecía



contento y un suave olor a colonia emanaba de él.

—¿Qué os sucedió ayer? —interrogó curioso don Amador.

—Bueno, en realidad no mucho —dijo el espíritu mirando el techo—, por lo cual volveré esta noche para asegurarme de asustarlos bien.

Dicho esto, partió sin despedirse, dejando al General muy sorprendido. Éste pasó toda la noche en vela esperándolo.

Como a las 10 de la mañana del día siguiente, el fantasma no aparecía, don Amador, preocupado, se dirigió a la casa rodante.

Encontró a Florencia hilando unos collares.



—Buenos días
—saludo—. ¿Na-
da nuevo en el
bosque?

—¡No, se-
ñor! ¿Y usted cómo
está? —preguntó ella.

—Preocupado por vosotros.
Decidme: ¿no habéis visto ni senti-
do algo extraño las últimas noches?
No deseo asustaros, pero —acer-
cándose le susurró al oído— ¿en
este lugar hay un fantasma!

La carcajada de Florencia lo
hizo retroceder. Ella se aproximó
a él y con voz irónica respondió:

—¡Sí, señor, hay uno, y aun-
que usted no lo crea ese fantasma
es nuestro!

—¡Escuchadme! —habló el
General, enojado—. No estoy
para bromas.

—Yo tampoco, General, y
no es un fantasma cualquiera, es
una curiosa y delicada fantasma.
Venía en la casa rodante cuando
la compramos, se llama Viola y la
queremos mucho.

Don Amador no tuvo más
remedio que contarle la verdad.

Florencia reconoció
que la noche anterior
la habían despertado
unos ruidos extra-
ños, diferentes a
los de Viola, y luego
no había sabido más de
ella.



—¡Espero que su fantasma no la haya secuestrado! —gritó la joven.

—¡Esa pobre alma ingenua de Freddy! —dijo el General—. Seguro que se extravió. En cambio, una dama fantasma jamás se ausenta de su hogar sin avisar dónde va.

Por suerte, la llegada de Toño calmó la tensa situación.

Ya más tranquilos, el General los invitó a su casa para conversar sobre la extraña desaparición de los fantasmas, seguro que a las 12 de la noche Freddy volvería.

5



La medianoche los encontró conversando. Tan pronto el reloj tocó la última campanada, vieron acercarse a la blanca figura por el camino. No venía volando sino casi bailando, muy relajado sobre el pasto.

El General se tranquilizó al verlo, mas le duró poco, pues tras cruzar Freddy la puerta, una ráfaga de aire helado penetró



en la habitación, haciéndolos temblar de frío, y una figura, entre blanca y neblinezca, empezó a girar en torno a ellos revisando todos los rincones.



—¡Viola!
—gritó Florencia—.

¡Qué alegría verte!

El General parpadeó varias veces, no podía ser que aquella macabra y etérea figura, de ojos verdes fijos y mirada burlona, fuera la querida Viola.

Estaba cubierta por una túnica blanca que sólo dejaba ver su penetrante mirada y, como increíble detalle, el borde de la túnica tenía bordados unos corazones de mostacillas plateadas.

Después de girar en torno a la habitación como un tornado, se quedó junto a Freddy y el General apreció cómo lo miraba con cariño, entornando las pestañas mientras él suspiraba.

—¿Pero dónde estabas, Viola? Nos tenías muy preocupados —recriminó Florencia.

Don Amador era un caballero y su fantasma también, por lo cual ante la pronta mirada del General el fantasma tomó la palabra.

—Disculpe usted, señora, mas la culpa es mía. La noche que visité su casa rodante conocí a la señorita fantasma Viola. La encontré tan bella y encantadora, que la invité a pasear por el bosque.

—¡Nos divertimos mucho volando entre los árboles! —interrumpió Viola con una vocecita muy juvenil, mientras movía coquetamente el ruedo de su túnica—. Luego, fantasmemos por el parque de diversiones de la ciudad. ¡Oh, nunca lo había pasado tan bien!

—Quisiera dejar en claro —dijo el fantasma— que mis intenciones son serias. Amo a la señorita fantasma Viola y deseo hacerla mi esposa.

—Pero si recién lo conociste,
Viola —dijo Florencia—. ¡Mejor
nos vamos a casa a conversar!

—Bien dicho —habló el
General—. Calabaza, calabaza, ca-
da uno para su casa.

Luego, cerró todo lo que
acostumbraba a cerrar y se dirigió
a descansar.



La madrugada encontró al
General despierto y malhumorado.
El fantasma había tocado, toda la
noche, tristes boleros de amor y
había declamado un sufrido
poema.

Decidió tratar de volver a
dormir. Pero, no bien había ce-
rrado sus ojos, unos golpes en la
puerta lo despertaron.

—Perdone, don Amador, que

lo molestemos tan temprano —eran Florencia y Toño—. Pero pasa algo terrible, Viola ha llorado y lanzado lastimosos quejidos toda la noche. Dice que o se casa con su amor o se irá a enterrar a una tumba y no saldrá nunca más, que se evaporará y no volveremos a verla.

Después le suplicaron que él, que se veía un hombre muy criterioso, los ayudara.

El General les contó su desvelada noche. Pensó unos instantes y agregó que cuando un amor es tan grande debe ser cuidado. Los fantasmas deberían ser felices.

—¡Yo pienso lo mismo! —dijo Florencia—, que se casen y

luego vayan a vivir a la casa rodante con nosotros.

El General, al escucharla, sintió que una sensación tibia le impedía respirar y un suave dolor oprimía su corazón. Se dio cuenta que sentía una enorme pena de quedarse solo, de perder a su amigo, de no tener a nadie a quien escuchar ni proteger. Y como hombre sincero que era, le contó su verdad a los jóvenes.

—¿Entonces qué haremos? —preguntó Florencia, mientras gruesas lágrimas caían de sus ojos azules.



Como buen estratega que era, don Amador lo pensó unos minutos y luego habló con voz segura:

—Mi casa es grande, ¿por qué no me hacéis el favor de aceptar mi hospitalidad? Podríais vivir conmigo mientras estéis aquí, y así los fantasmas tendrán su luna de miel en la casa rodante. Yo quedaría agradecido, pues no deseo quedarme solo.

Florencia y Toño aceptaron la idea.

Esa misma noche se efectuó la mudanza. Entraron a la casa



instrumentos musicales y collares, mientras una sombra blanca con un clavel en su túnica y un suave olor a colonia salió volando feliz.

Los jóvenes se retiraron a dormir en su nueva habitación, pero el General no pudo evitar la costumbre de cerrar todo antes de irse a la cama él también.

Cuando a la mañana siguiente entró a la cocina, Toño y Florencia ya estaban allí. Un exquisito olor a huevos con jamón le dio la bienvenida.

—Siéntese, don Amador, al instante le sirvo su desayuno con pan amasado recién horneado —lo saludó Florencia.



El General se emocionó, hacía tanto tiempo que nadie le servía un rico desayuno caliente. Se devoró hasta la última miga y luego le dio un beso en la frente a la joven.



Y así la vida fue pasando feliz para los tres, a veces en la medianoche recibían la visita de los fantasmas.

No faltaron los problemas, por supuesto, como aquellas personas que viendo vacía la casa rodante trataron de robarla, pero luego se arrancaron gritando «¡FANTASMAS, FANTASMAS!», y ya nadie se atrevió a negar que

esa casa rodante estaba habitada por espíritus.

Y aunque ha pasado el tiempo, el General aún sigue por las noches cerrando ventanas, puertas, cortinas y persianas. Pero ahora siempre deja abierta la pequeña ventana del baño, pues tiene la esperanza de que cualquier noche algún fantasmita entrará por ahí a jugar con él.

